
Cuatro poemas

Severo Sarduy

SAN JUAN DE LA CRUZ

Levitaste convulso, al traste diste
con cilicio, sotana y relicario,
concluyendo los diálogos que a diario,
más que con frases, con amor tuviste.

De la testa a los pies, un traqueteo.
La boca de salitre sin aliento.
Un no sé qué te socavó el cimientto,
vecino del desmayo y del mareo.

El alma liberada de su cargo:
toda imprenta del cuerpo; todo lazo
desatado en los nervios; seco el hueso.

No se sabe qué fue ni si fue largo
ese dejar de ser. Brusco zarpazo
de lo absoluto: la fusión con eso.

SANTA TERESA DE ÁVILA

Dios te perdone, Juan de la Miseria,
que la pintaste legañosa y fea,
y perdone también a quien la vea
bajo este ruin disfraz de la materia

y no bajo el de un ángel abrazado
que otro ángel, por amor, flecha y castiga.
—No hay nada que se piense o que se diga
más hondo que este amor y su cuidado—.

El reino recorrió diseminando
no la revolución, mas la reforma
radical, sin violencia —siempre y cuando

fuera posible—. Aunque maltrechos sobre
los caminos, sus pies fueron la norma.
De andar y desandar. De andar, la pobre.

RECUENTO

Ya no soy el de ayer, el tiempo pasa.
Mi verso se ha tornado transparente.
Por las tardes me vienen de repente
bruscos deseos de volver a casa.

La pasión que ensimisma y la que abrasa
se alejaron de mí; ahora es la mente
quien disfruta, nocturna indiferente,
con los cuerpos que el día me rechaza.

No deploro el amor, que me fue ajeno;
sino el deseo, que redime, invierte
y modifica todo lo que toca.

Escrituras, pasiones y veneno
faltaron a mi vida y a mi muerte.
Y el roce de unas manos, y una boca.

PARA EL ÁRBOL DE "LA RECOLETA"

¡Qué lección para el hombre: prolíferas
en todos los sentidos! En el viento
son tus ramas emblema y argumento
de toda plenitud. O las banderas

de una plegaria. No comienza el día
sin que pájaros, dioses tutelares
y demonios menores o insulares
se afronten en tu copa. Simetría

de las robustas ramas por el suelo
imantadas; del tronco que parece
escuchar en las hojas, cuando crece

el amigo rumor. En el desvelo
vigilas tú para que el día empiece.
O para unir la tierra con el cielo.